ENCUENTRO

ESTABAS como todas, esperando
que llegase el amor, en la ventana
del tiempo. Yo esperaba
que me llegase el tiempo de amar;
y de repente,
a un mismo tiempo se nos abrió el día.
Dejaste de hilvanar las ilusiones
a mis espaldas; todo desde entonces
fué de los dos y lo llamamos nuestro.

Desde entonces conozco los secretos
que aún no me has confesado
por dejación, por negligencia sólo.
Y adivino gozoso
que al despertarte esperas
verme nacer de nuevo
como la luz del alba.
Porque tú cada día, desde entonces,
me conoces, me habitas
por vez primera siempre;
oficio de tu pecho
de amar cada mañana
lo que ayer no existía;
eterna enamorada
de veinticuatro horas,
cada día naciendo
para mi amor tan sólo.

Desde entonces
conozco de tus ojos la fría indiferencia

de los que nada tienen
que ver. Pero me viste.
Tuvimos esa suerte
los dos.
Qué dulce ha sido todo
después, qué lentamente
nuestra palabra, en balde,
fué dando confianza al pensamiento.
Cómo supimos recoger la aurora
que nos nacía en el pecho, en la garganta,
con los brazos abiertos como ansiosos
de luz, esperanzados
de hacerla sólo nuestra.

Ya todo está resuelto en nuestras vidas;
dimos a la ilusión su medio justo
y el resto
se lo entregamos al amor.
Esperas
que mi voz de varón deshabitada
te pida realidad para otro sueño,
que te convoque en breve
ante su grande plaza de pueblo. El pregonero
te explicará todo el asunto gratis.
Te dirá que eres tú la que ha buscado
desde hace tanto tiempo,
a voces por las calles de otros pueblos.
Y que hoy recuperada del olvido
de lo que no se sabe su existencia
te quedarás con él hasta que enciendas
el horizonte de su vida a besos.

JOAQUÍN BENITO DE LUCAS